

LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA SAI Catedral de Astorga

Multitud de pueblos y ciudades celebra hoy con solemnidad a Ntra. Sra. de la Asunción. También los presentes nos alegramos, al tiempo que felicitamos a aquella que es patrona de nuestra Santa y Apostólica Iglesia Catedral. Celebramos a la que es una de los nuestros y que, sin dejar de serlo, ha sido coronada en el cielo, constituyéndose en mensajera de la predilección de Dios por los pobres y los sencillos.

La primera lectura proclamada, tomada del libro del Apocalipsis, refleja el esfuerzo de la comunidad eclesial primitiva que, en medio de los sufrimientos y persecuciones, trata de encontrar luz en la victoria de Cristo sobre la muerte. También a nosotros nos ofrece importantes motivos para la esperanza. Por ejemplo, se nos dice que el arca de la alianza está en el templo de Dios, quedando así firmemente asentado que el pacto de Dios con la humanidad no ha sido derogado manteniéndose por los siglos. En definitiva, que el mal nunca vencerá al bien.

A continuación, se nos presentan dos señales. En primer lugar, la de una mujer vestida de sol, es decir, engalanada con los mejores dones de Dios, que tiene la luna a sus pies, esto es, que se sobrepone a los avatares del tiempo regido por el calendario lunar. La mujer tiene en la cabeza una corona, ha vencido en la batalla. Esta figura femenina representa al pueblo de Dios, poseedor de un futuro prometedor, y también en este caso, a la Virgen María. La segunda señal la constituye un gran dragón de color de fuego, personificación del mal que ha entrado en la historia humana y que tiene un poder superior al hombre. Se caracteriza por la fuerza y la violencia.

La mujer huyó al desierto para preservar a su hijo de las garras del dragón. Ciertamente, el pueblo elegido, tentado de infidelidad, vio comprometido su futuro en múltiples ocasiones y siempre finalmente descubrió que Dios estaba a su lado como guía y protector. Seguramente también María se vio tentada en alguna ocasión de construir su vida a espaldas de Dios. Finalmente, alumbró a su hijo Jesús en medio de la noche, símbolo de la indiferencia, el menosprecio y la mirada persecutoria de Herodes.

La Iglesia está también cruzando el desierto, lugar de prueba y maduración, lugar en el que ha de afrontar la incompreensión de unos y la persecución de otros. Algunos se declaran abiertamente alejados de ella, otros se autoproclaman cristianos y hasta frecuentan los ámbitos eclesiales; sin embargo, por momentos parecen encarnar la figura del dragón. En este contexto, todos los cristianos, la Iglesia entera está llamada a alumbrar a Cristo con la seguridad de que todo el bien que haga será rescatado por Dios y dará fruto abundante en su momento.

El evangelista San Lucas, por su parte, nos ha presentado a María viajando a Aín Karén, a la casa de su prima Isabel, embarazada de varios meses y a punto de dar a luz a su hijo Juan el Bautista. María, antes de dar a luz físicamente a su hijo Jesús, le da a luz con la palabra, evangelizando, hablando de Dios y, particularmente, estando disponible para la voluntad divina; también sirviendo a los necesitados. Ciertamente, recorrer la distancia que hubo de recorrer y en las condiciones en que lo hizo, suponía un gran esfuerzo inexplicable en una persona que no estuviera impregnada del espíritu de Dios. Isabel lo captó con prontitud,

llegando a profetizar: <<Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá>>. ¿Y qué le había dicho el Señor? Que el hijo que iba a nacer de ella sería <<hijo del Altísimo>>.

María da a luz, evangeliza también con la palabra. Y nos presenta a un Dios que, siendo poderoso, se fija sin embargo en los humildes y en los pobres, a los que cuida con mimo usando de la misericordia. Nos presenta también a un Dios que, al contrario, dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y despide vacíos a los ricos.

La oración de María, hasta tal punto hermosa que las personas que hemos recibido una consagración especial la repetimos a diario en nuestra oración de la tarde, trae el eco del corazón. La Virgen nazarena habla desde la experiencia de haber sido mirada en su pequeñez de esclava; desde la seguridad de que va a ser glorificada por los siglos, no por sus méritos, sino “porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí”; desde la convicción de que <<su misericordia llega a sus fieles, de generación en generación”.

María, madre de Jesús, madre y modelo de la Iglesia pronunció unas palabras que suenan a profecía. Dios sueña un mundo diferente, un mundo en que no haya injusticia, violencia, desigualdad, hambre, prepotencia... María cumplió la parte que el Padre le pidió dándonos testimonio de fidelidad, de amor a su pueblo, de espíritu evangelizador. Y, sobre todo, cumplió su parte regalándonos a su Hijo Jesús. Por eso el Padre la ha entronizado en el cielo como reina y señora de todo lo creado.

Dios sigue soñando lo mejor para su pueblo, lo mejor para la humanidad, lo mejor para su Iglesia; y cuenta contigo y conmigo para hacerlo realidad. Ya sabemos cómo le duelen los pobres, los hambrientos, los humillados. Conocemos los sueños cómplices y la respuesta de María. ¿Qué harás tú para no defraudarla? ¿Qué harás para honrar a la Madre siguiéndola en el camino que lleva al cielo?

De momento, celebremos con gozo, amados hermanos, esta solemnidad mariana y acojamos el don eucarístico, germen de una vida nueva y anticipo de la mesa celestial. Que así sea.

+ Jesús, Obispo de Astorga